

Mateo «el Raspiles», cabecilla de aquella cuadrilla, preguntó sencillamente:

—¿Clara Revenga?

Y como nunca falta un Judas —aunque sea con faldas—, en aquel mismo momento terminó el «negocio» de Clara.

* * *

Zósimo —el barbero de la calle de San Bernabé y ex-sacristán de la iglesia de San Perico... ¡perdón!, de San Pedro—, tenía un gato y cierto remordimiento; pero este pesar interior y su justificación, no hacen al caso.

«Batillo», famélico y hambriento, entró en la buhardilla de Clara, colándose por un cristal roto. Aquel triste marramaquíz, husmeó por todas partes, y por último se subió encima de la cómoda.

¡Qué tiempos aquellos en que las vecinas tenían la sucia costumbre de envolver en un papel los despojos de las sardinas para arrojarlos al tejado o al patio! ¡Pero ya escaseaba hasta el pescado!...

Sobresaltado por un intranquilizador ruido que venía del exterior, «Batillo» dió un salto y escapó por donde había entrado.

Al suelo cayó la polvera y de ella salió rodando algo que parecía un viril, quedando detenido junto a los goznes de la puerta de entrada de la buhardilla.

* * *

La puerta fué abierta de un empujón. Aquellos hombres hicieron entrar a Clara a empujones, y guiados por una voz femenina —traidora y envidiosa—, empezaron a registrar febrilmente.

* * *

Por la galería que daba acceso a aquellos abuhardillados pisos, avanzaba «Quiqui». atraído por el estruendo de los golpes y las airadas voces.

Con el torpe paso que sus dieciocho meses le permitían, llegó hasta la puer y se asomó. Algo brillaba en el suelo, e intrigado, se agachó y lo tomó en sus manos.

Distraído, comenzó a alejarse por la galería, mientras que —con dedos torpes—, despojaba al viril de sus rotos

cristales. Por fin, logró sacar un círculo de papel de barba, lo miró atentamente y por último lo arrojó al suelo, despreciativamente.

* * *

«El Raspiles» se acercó a la cómoda e inadvertidamente, de un puntapié, introdujo la polvera debajo del mueble. De un manotazo tiró al suelo los flores, y comenzó a registrar concienzudamente, sin encontrar nada sospechoso.

Clara, aterrorizada y subyugada al mismo tiempo, no acertada a comprender lo que sucedía.

De pronto, dando un grito, se lanzó hacia la puerta. Y antes de que reaccionasen sus opresores, Clara bajaba ya por la escalera, tambaleándose, mientras gritaba histéricamente:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Mateo se asomó al hueco de la escalera, pistola en mano, y disparó. Al observar que la vieja daba un traspiés, pero continuaba bajando, profirió una blasfemia, y de tres en tres comenzó a descender los escalones en su seguimiento.

* * *

Desde cinco meses antes, la vida era sumamente desagradable para «el Panegue» —como le llamaban sus alumnos de las escuelas...—. Extrañaba aquellas ropas que ocultaban su condición, y notaba la falta de tantas cosas...

¡Qué viento tan frío corría por aquella dichosa calle del Humilladero!

El estampido de un disparo detuvo los pasos de «el Panegue». Creyó que se acercaba la hora, y esperó.

* * *

Cuando Clara alcanzaba el bordillo de la acera —sin dejar de gritar su expiación—, su perseguidor llegaba al portal. Desde allí, el brutal caporal disparó por segunda vez.

La bala se alojó en la espalda de la perseguida mujer, y cayó al suelo de boca, quedando inmóvil sobre la sucia nieve. Luego, trabajosamente, intentó arrastrarse sobre aquel barrizal, apoyándose en los brazos, ya que de cintura para abajo había quedado paralizada.

Con paso lento se acercó Mateo, mientras que con un movimiento de la

lengua trasladaba un mondadientes de una a otra comisura de los labios.

* * *

Nunca faltan espectadores, aun para los espectáculos más odiosos. Y «el Panegue» fué uno de tantos. Si alguien hubiera reparado en él, no hubiera podido afirmar si los labios del anciano temblaban de terror o si, por el contrario, decían algo. Tampoco hubiera podido asegurar si el ademán que hizo con una mano fué involuntario...

Después, una persona discreta logró entender lo que murmuraba «el Panegue», mientras se alejaba. Pero no se lo dijo a nadie:

—«Hódie sciétis, quia véniet Dóminus, et salvábit nos: et mane vidébitis glóriam eius».

Todavía faltaban unas siete horas...

* * *

«El Raspiles» sonrió, mostrando sus ennegrecidos dientes. Contempló con curiosidad a su víctima y su forma de arrastrarse le recordó la muerte de un perro que tuvo, ya hacía tiempo, al que le rompieron el espinazo de un trancazo. Pero ni aun así se despertó su conmiseración.

Clara recibió una tremenda patada en el pecho que la hizo caer derribada sobre el lodo, boca arriba.

Después, todo terminó.

* * *

Por la entreabierta puerta de una taberna situada tres o cuatro casas más abajo, se filtraba una musiquilla dulzona.

Un aparato de radio dejaba oír el «slow» «Stormy weather», interpretado por la orquesta de Harry Roy.

* * *

Mateo «el Raspiles» enfundó la pistola. Se subió los pantalones con un movimiento maquinal de ambos antebrazos. Escupió el palillo de dientes. Se limpió las narices con la manga de la zamarra. Y miró hacia arriba.

Luego, haciendo un ampuloso ademán de llamada, dijo a sus compañeros:

—¡Vamos a tomar un chato!

Las nubes habían desaparecido. Había más luz y, sin embargo, anochecía.

FERNANDO ESPEJO

Toledo, Diciembre de 1955.